



*El hotel  
Barbizon*

EL LUGAR QUE LIBERÓ  
A LAS MUJERES

PAULINA BREN

PAIDÓS



**PAULINA BREN**

# **EL HOTEL BARBIZON**

---

El lugar que liberó a las mujeres

Traducción de Cecilia Fanti

**PAIDÓS Contextos**

Título original: *The Barbizon: The Hotel That Set Women Free*, de Paulina Bren  
Publicado originalmente en inglés por Simon & Schuster, 2020

1.<sup>a</sup> edición, octubre de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© 2021, Paulina Bren  
© de la edición en español, EDITORIAL PAIDÓS SAICF, 2022  
© de la traducción, EDITORIAL PAIDÓS SAICF, 2022  
Traducción de Cecilia Fanti

© de esta edición,  
Editorial Planeta, S. A., 2022  
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona, España  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-4006-2  
Fotocomposición: Realización Planeta  
Depósito legal: B. 14.164-2022  
Impresión y encuadernación en Limpergraf, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



# SUMARIO

Introducción.....	9
1. La construcción del Barbizon.....	19
2. Sobrevivir a la Gran Depresión.....	53
3. El macartismo y sus presas femeninas.....	83
4. La casa de muñecas.....	121
5. Sylvia Plath.....	153
6. Joan Didion.....	181
7. Las invisibles.....	215
8. «El problema sin nombre».....	243
9. El fin de una era.....	265
Agradecimientos.....	303
Créditos de las imágenes.....	307
Notas.....	309

## CAPÍTULO

# 1

---

## La construcción del Barbizon

*La insumergible Molly Brown  
contra las flappers*



La insumergible Molly Brown (Margaret Tobin Brown) en su plenitud, como sufragista y activista social, antes de que se convirtiera en la superviviente más famosa del *Titanic* y en una de las primeras huéspedes del Barbizon.

La Nueva Mujer apareció en la última década del siglo XIX. Era una mujer que pretendía ser algo más que solo hija, esposa y madre. Quería explorar qué había más allá de las cuatro paredes de su hogar: quería independencia, quería liberarse de todo aquello que la oprimía. Se la podía ver paseando por la calle con sus pantalones y camisas vaporosas de camino a algún lugar.

El escritor Henry James popularizó el término cuando lo utilizó para describir a las expatriadas norteamericanas acaudaladas que vivían en Europa alejadas de las restricciones de sus hogares. Pero el término ganó terreno: ser una Nueva Mujer significaba tomar el control de la propia vida.

Primero fue la chica Gibson, una suerte de hermana menor de la Nueva Mujer; de clase media alta, con el cabello suelto, voluptuosa donde tocaba, pero ceñida en la cintura con un corsé que la obligaba a inclinarse hacia delante. Con la llegada de la primera guerra mundial, el voto femenino y los locos años veinte, la chica Gibson dio paso a una versión más salvaje de sí misma: la *flapper*. Esta hermana menor tiró el corsé, bebía, fumaba, coqueteaba... y cosas peores. Era toda risas y entusiasmo y dejaba demasiado tobillo a la vista. Pero la *flapper* dejó claro a cualquiera que quisiera escucharla que la Nueva Mujer se había democratizado. Desafiar las expectativas tradicionales ya no era una prerrogativa de quienes pudieran pagarlo. Las mujeres, todas las mujeres, estaban aventurándose en el mundo. La guerra y el posterior voto femenino habían destrozado los antiguos argumentos de por qué las mujeres tenían que permanecer en el hogar. Había llegado el momento de que el mundo se adaptara. Con este espíritu fue construido en 1927 el hotel Barbizon para mujeres.

La insumergible Molly Brown, famosa por haber sobrevivido al hundimiento del *Titanic*, fue una de las primeras huéspedes del Barbizon. La mujer que había reunido el coraje para remar-remar-remar, mientras los hombres no lo hicieron, se sentó en el pequeño escritorio de su habitación en el Barbizon pluma en ristre. Era 1931 y Molly Brown (cuyo verdadero nombre era Margaret

Tobin Brown) era ahora una antigua belleza de sesenta y tres años, con sobrepeso y un poco tosca, cuyo excéntrico y llamativo sentido de la moda le daban un aire ligeramente cómico. Pero a ella eso no podía importarle menos; tenía la seguridad de haber sido una Nueva Mujer de primera generación y sabía que, más allá de lo que dijeran, había plantado su bandera firmemente en el siglo xx.

Hizo una pausa en su carta a su amiga de Denver y miró por la ventana. El cielo de febrero estaba sombrío y le recordó el de la noche en que el *Titanic* comenzó a escorarse mucho más rápido de lo que ella creía posible. Eso había ocurrido en 1912, dos años antes de la primera guerra mundial; parecía otra era cuando Molly Brown se había unido a sus amigos, los famosos Astor, en un viaje hacia Egipto y África del Norte. Se había reunido con su hija, quien estudiaba en La Sorbona de París, en El Cairo y juntas posaron subidas a dos camellos con pesadísimos vestidos eduardianos, con la esfinge y las pirámides emergiendo detrás de ellas, para la obligada fotografía de recuerdo. Molly regresó con su hija a París, pero cuando recibió la noticia de que su nieto había enfermado en Estados Unidos, reservó rápidamente un camarote en el mismo barco que los Astor. Su nombre era *Titanic*.

Era apenas la sexta noche a bordo. Había degustado una cena agradable y leía recostada en su camarote de primera clase cuando sintió un golpe que la sacó de la cama. Sin embargo, como era una viajera experimentada, no le dio demasiada importancia, ni siquiera cuando se dio cuenta de que los motores habían dejado de funcionar. No fue hasta que James McGough, encargado de compras de los grandes almacenes Gimbels de Filadelfia, apareció siniestramente en su ventana agitando los brazos y gritando «¡Coge tu salvavidas!» que se abrigó con cuantas prendas tenía a mano y salió.<sup>1</sup> A pesar del estado de alerta, Molly se encontró con una gran reticencia a subir a los botes salvavidas. Trató de persuadir a sus compatriotas mujeres, pasajeras de primera clase, hasta que ella misma fue empujada a uno de ellos sin contemplaciones por la tripulación del

*Titanic*. Mientras el bote salvavidas se alejaba, oyó disparos: eran los oficiales disparando a los pasajeros de las cubiertas inferiores, desesperados por subir a los botes reservados para los ricos y que en ese momento se estaban lanzando al agua medio vacíos.

En la oscuridad, mientras el bote salvavidas número 6 flotaba en el océano, Molly miró a su alrededor horrorizada. Quienes la rodeaban lloraban y gritaban por sus seres queridos que aún estaban a bordo mientras el agua se tragaba el barco hasta que, ya engullido en su totalidad, no quedó nada de él en la superficie. Los gritos continuaron cuando todo lo demás ya había quedado sumido en el silencio. Era noche cerrada, la oscuridad era total y la absoluta incompetencia de los dos caballeros del bote salvavidas 6 hizo que su desesperación fuera aún más vívida. Harta, Molly Brown tomó el mando. Dirigió los remos y la voluntad de vivir, sacándose capas de ropa para dárselas a aquellos que no habían tenido su misma astucia. Cerca del amanecer, el bote salvavidas fue rescatado por el *Carpathia* y, para cuando ella y el resto de los supervivientes arribaron a la bahía de Nueva York algunos días después, Molly, ante todo activista, había formado el Comité de Supervivientes, se había convertido en su presidenta y había recaudado diez mil dólares para los desamparados. Le escribió un telegrama a su abogado en Denver: «El agua estaba buena y pudimos nadar bien. Neptuno fue excesivamente amable conmigo y ahora me encuentro bien y seca».<sup>2</sup> Neptuno fue menos amable con su amigo John Jacob Astor IV: el hombre más rico a bordo del *Titanic* figuraba entre los muertos.

Ya habían pasado casi veinte años cuando «la insumergible Molly Brown» reservó una habitación en el Barbizon; el cielo nocturno era el mismo, pero el mundo parecía muy diferente. La primera guerra mundial había sido un catalizador de grandes cambios, pero para Molly, en lo personal, separarse de su esposo, J. J. Brown, había resultado igual de relevante. Habían tomado caminos diferentes: él, mujeriego, y ella, activista. Molly era feminista, defensora de los derechos de los niños y sindicalista antes de que estuviera de moda ser



cualquiera de esas cosas. J. J. era un descendiente de irlandeses que había pasado de pobre a millonario con la minería de oro. Juntos habían compartido primero la pobreza y más tarde la gran riqueza y se habían abierto camino en la alta sociedad de Denver. Después de su separación, y de la muerte, en 1922, de J. J. —quien no había dejado testamento, lo que dio lugar a una disputa familiar que duró cinco años—, los círculos sociales de Denver y sus hijos le dieron la espalda. Pero esto solo avivó sus deseos de una vida sobre el escenario. Enamorada de la legendaria actriz francesa Sarah Bernhardt, Molly se mudó a París para estudiar interpretación y consiguió papeles en *El mercader de Venecia* y *Cleopatra*. Tenía talento y genio, dos bienes preciados allí, incluso para una mujer de su edad. Pronto la apodaron «la reina sin corona de la elegante París».<sup>3</sup>

Aunque el mito alrededor de Molly Brown había crecido exageradamente, su audacia era real. Escribió sobre sí misma: «Soy hija de la aventura. Esto significa que nunca me he aburrido y debo prepararme para cualquier eventualidad. Nunca sé cuándo subiré a un avión que se estrelle o chocaré contra un poste mientras conduzco o saldré a dar una caminata al atardecer y volveré desahuciada en una ambulancia. Ese es mi tránsito, como dirían los astrólogos. Es algo bueno también para una persona que prefiere una muerte súbita a una agonía interminable».<sup>4</sup> Molly Brown estaba lejos de ser una *flapper* aunque, si hubiera sido más joven, su espíritu aventurero la habría convertido en una. Pero no lo era, y había albergado cierta antipatía hacia esas jóvenes de los locos años veinte que parecían definirse por una única victoria que Molly Brown y su generación habían logrado con gran esfuerzo: la liberación sexual. No obstante, cuando volvió de París, decidió quedarse en el hotel Barbizon para mujeres, donde compartió espacio con aquellas jóvenes a quienes desaprobaba en público, pero cuya esencia comprendía muy bien. Eligió quedarse allí porque, al igual que ellas, quería experimentar distintas versiones de sí misma, y el Barbizon era el lugar indicado para hacerlo.



Una vista de la calle del Barbizon en 1927, cuando su construcción estaba casi terminada.

Molly estaba encantada con su alojamiento. Le envió a su amiga de Denver un folleto del Barbizon marcado y pintarrajeado para explicarle su nueva vida en Nueva York que empezaba diciendo: «¡Hay una radio en cada habitación!». Aquí, con un círculo en gruesa tinta negra, estaba el torreón del noroeste y su terraza de ladrillos, que daban a la esquina de Lexington con la calle 63. Allí, su habitación, una de las mejores del hotel y, sin embargo, bastante sencilla: similar a cualquier habitación de hotel, con una estrecha cama individual, un pequeño escritorio, una cómoda y un diminuto sillón. Se hubiera podido abrir y cerrar la puerta de la habitación desde la cama y apenas había que levantarse para guardar algo en la cómoda. Modesta como era, escribió a su amiga que utilizaba su habitación como «taller» y que estaba «repleto hasta el techo con sus cosas».<sup>5</sup>

Marcó otra ventana de estilo gótico un poco más arriba, en la

decimonovena planta, donde había una torre, como la de Rapunzel, ocupada por los estudios de artistas en ciernes: en estas habitaciones de techos altísimos a prueba de sonido, Molly cantaba arias durante horas. La sala para recitales, escribió, era donde las artistas residentes y las aspirantes daban sus conciertos. En el vestíbulo de estilo italiano y en el entresuelo jugaba a las cartas con amigas. La biblioteca, revestida con paneles de roble, albergaba las sesiones de su club de lectura. (Es muy probable que participara en las reuniones del grupo Pegasus, una cooperativa literaria que se reunía en el Barbizon «para alentar la manifestación del esfuerzo intelectual al ofrecerle a sus autores la oportunidad de mostrar su trabajo antes de su publicación y discutirlo en un ambiente saludable, justo y críticamente constructivo».)<sup>6</sup> Los hombres —salvo los médicos, fontaneros y electricistas— tenían estrictamente prohibido el acceso a cualquier lugar que no fuera el vestíbulo y el salón de la decimotava planta al que un caballero podía entrar si estaba acompañado por la dama con la que tenía una cita. La tarifa semanal más económica en el Barbizon era de doce dólares.

La entrada principal del hotel-club daba a la calle 63, y las tiendas de la planta baja, ocho en total, estaban en el edificio de la esquina, sobre Lexington Avenue, e incluían una tintorería, una peluquería, una farmacia, una mercería, una sombrerería y una librería Doubleday: todo lo que podía necesitar una mujer de cierta clase.<sup>7</sup> Los locales contaban con un acceso desde el hotel por un pequeño pasillo, de modo que Molly no tenía que salir a la calle si no le apetecía. El Barbizon había abierto apenas tres años antes, cuando Nueva York estaba en absoluta transformación. El auge de la construcción estaba en pleno apogeo: una salida decidida de lo viejo y una entrada resuelta en lo nuevo.

La opinión pública afirmó que a lo largo de los años Manhattan se había expandido al azar, sin sentido, de manera ilógica, pero que todavía podía encarrilarse. Los edificios que habían sido erigidos en los siglos anteriores serían demolidos en un santiamén para abrir

paso un flamante, ambicioso y mecanizado siglo XX; las viviendas y los edificios bajos cedían el espacio a la planificación de torres *art déco* que se elevaban hasta el cielo.

La arquitectura de principios del siglo XX era tan joven como la Nueva Mujer liberada de viejas ataduras. Críticos de la Nueva York del siglo XIX renegaban del «manto marrón que se extendía» por todo Manhattan dejando un océano de «monótonos edificios de ladrillo a la vista» a su paso.<sup>8</sup> Por aquel entonces, estos edificios, hoy clásicos y característicos, codiciados y que cuestan una fortuna, eran considerados una plaga en la ciudad. Los urbanistas señalaron que, si bien no podían devolverle a la ciudad la alegría y el pintoresquismo de los «antiguos tiempos holandeses de New Amsterdam», con sus «tejas de color rojo, sus fachadas dibujadas como si fueran tapices y las maderas pintadas de mil colores», podrían conjurar el nuevo siglo y su marca de estilo: los rascacielos.

En 1926, en pleno *boom* inmobiliario, el Templo Rodeph Sholom vendió su espacio en la calle 63 y Lexington Avenue en Manhattan por ochocientos mil dólares.<sup>9</sup> Una de las congregaciones judías más antiguas de Nueva York, a punto de ser reemplazada por una residencia para señoritas, se mudaba hacia el Upper West Side. El templo Sholom había estado en ese lugar durante cincuenta y cinco años siguiendo a los judíos inmigrantes de su congregación hacia el norte a medida que dejaban sus apartamentos del Lower East Side y se mudaban a Midtown Manhattan y el Upper East Side. Ahora, otra vez, seguía a sus feligreses fuera de esa área que crecía a gran velocidad, especialmente con la extensión, en 1918, de la línea de metro de Lexington Avenue desde Grand Central, en la calle 42, hasta la calle 125. Los más viejos de la congregación pudieron ver desde el escenario ese momento de cambio en el que el templo terminó su más de medio siglo en el Upper East Side de Nueva York.<sup>10</sup> La señora Nathan Bookman, de noventa y siete años, e Isador Foos, de noventa y uno, habían sido miembros desde sus confirmaciones, a los trece años; entronizados en el escenario, miraron a la congrega-



ción de honorables neoyorquinos, sus padres y abuelos, otrora inmigrantes judíos alemanes del Lower East Side, y despidieron el siglo XIX. El Barbizon estaba allí para recibir el siglo XX.

Así como el templo Sholom había sido construido en la 63 y Lexington para atender una necesidad creciente, su sustituto venía a responder a otra completamente nueva. La primera guerra mundial había liberado a las mujeres y, en 1920, con la aprobación de la Decimonovena Enmienda las había puesto en el camino de la conquista del voto, e, igual de importante, la mujer trabajadora logró visibilidad y fue socialmente más aceptada. Casi la misma cantidad de mujeres que de hombres iba a la universidad en ese momento y, aunque el matrimonio seguía siendo el objetivo final, el trabajo de oficina combinaba el glamur de una *flapper* —con sus excesos urbanos y consumistas (¡ir de compras a Bloomingdale's!, ¡cenar en Delmonico's!)— con una forma aceptable de entrenamiento para la vida de casada. El trabajo de oficina había sido el trampolín profesional para los hombres, pero en la medida en que miles de mujeres se dirigían a las oficinas de los deslumbrantes rascacielos que se erigían cada año a lo ancho y a lo largo de Manhattan, el trabajo de secretaria dejó de ser una promesa de ascenso y fue, en cambio, reformulado como una oportunidad para las jóvenes de ejercitar sus habilidades como «esposas de oficina» al tiempo que ganaban un salario y disfrutaban por un breve tiempo de una vida independiente antes de casarse. Como señaló la revista *Fortune*, las nuevas secretarías de este nuevo mundo serían para sus jefes «lo más parecido a la desaparecida esposa de la generación de sus padres».<sup>11</sup> Mecanografiarían las cartas de sus jefes, cuadrarían sus balances, llevarían a sus hijas al dentista y animarían sus egos con palabras de aliento cuando fuera necesario.

Pero la Nueva Mujer recibía algo a cambio: el derecho público y reconocido de llevar una vida independiente, de manifestar su deseo sexual (hasta cierto punto), de darse gustos, de experimentar la emoción de la vida urbana y de entrar en un espacio público en sus

propios términos. Y para todo ello necesitaba un lugar donde vivir. Las residencias para mujeres más antiguas —la opción anterior para las solteras que vivían y trabajan en Nueva York— pertenecían a otra época y eran despreciadas con cierta sorna, según declaró *The New York Times*, asociándolas con «sofás rellenos de crines de caballo» y el «olor constante a carne guisada». <sup>12</sup> También se las relacionaba con las mujeres de clase trabajadora, mientras que estas chicas de clase media y alta buscaban algo mejor. No querían que ni las reglas de una casa ni la filantropía paternalista (la maquinaria bienintencionada aunque degradante que había detrás de muchas de las viejas casas de acogida para viudas, trabajadoras y marginadas) fueran parte de su experiencia. Y el domicilio importaba muchísimo.

Pero incluso si hubieran podido dejar pasar esas habitaciones de medio pelo, el picor de las crines de caballo y el guiso gomoso, no había, ni de cerca, espacio suficiente para alojar a la gran cantidad de jóvenes que llegaba a la ciudad. En cambio, los hoteles residenciales, altos hasta el cielo, serían la respuesta. La vida en los hoteles —para familias y solteros— había estado de moda desde los últimos años del siglo XIX. «Aquí ya no es de buen gusto construir palacios de mármol, por mucho dinero que se tenga —escribió un cronista de la época—. <sup>13</sup> En lugar de ello, se vive en un hotel.» Las comodidades de este tipo de hoteles tenían un rango que iba desde *suites* palaciegas para los perversamente ricos de la *Gilded Age* hasta habitaciones prácticas para los solteros con aspiraciones. Se prestó mucha atención a la comodidad de estos hoteles-hogar. Los más modestos tenían muebles hechos a medida intencionadamente más pequeños que el estándar para que entraran en espacios más reducidos y, así, las habitaciones parecieran más grandes. La cama matrimonial no tenía pie de cama y el cabecero había sido reducido para generar la ilusión de espacio. Los muebles de las esquinas eran redondeados por el mismo motivo. En el otro extremo, las habitaciones más opulentas estaban decoradas con reproducciones de obras

de arte del siglo XVIII y abundaban las chimeneas. Mientras construían el Waldorf Astoria, se montaban habitaciones y vestíbulos falsos en talleres externos para probar cuidadosamente cómo quedaba todo, desde el color de las paredes hasta la grifería, por no hablar de las alfombras, las cortinas y los armarios. El especialista en diseño de interiores del Waldorf Astoria, el señor Charles Sabis, que estaba a cargo de las instalaciones, evaluaba estas muestras y las aceptaba o rechazaba; apenas tomada la decisión, la habitación falsa era demolida y se construía otra sobre ella. Para algunas *suites*, el señor Sabis eligió piezas de madera rescatadas de una finca en Yorkshire, mientras se hacía la eterna pregunta sobre si «un biombo lacado o un jarrón Ming eran apropiados para un cuarto con un estilo Reina Ana». <sup>14</sup> Lo más importante era que estos hoteles residenciales de alta gama se diferenciaron entre sí: no eran una cadena de hoteles salidos todos del mismo molde.

El gran crecimiento de los hoteles-residencias se debió, en gran medida, a un vacío en el negocio inmobiliario: la ley de la vivienda de 1901 eximía de las restricciones de altura y de protección contra incendios a los edificios sin cocina. Sin embargo, más allá del motivo pecuniario, el efecto fue inevitablemente glamuroso, pues ¿quién no querría vivir en un hotel con todos los servicios? Y, si no vivías en uno, podías imaginarlo todos los sábados en el cine, viendo el último estreno de la saga *La cena de los acusados*, protagonizada por William Powell, quien se deslizaba por distintos *speakeasies* (bares clandestinos) y hoteles residenciales feliz y borracho, atravesando la ciudad, con una copa en la mano. En 1903, el magnate hotelero Simeon Ford había pronunciado una lapidaria declaración que marcó la diferencia: «Tenemos hoteles finos para gente fina, hoteles buenos para gente buena, hoteles sencillos para gente sencilla y algunos hoteles de medio pelo para gente de medio pelo». <sup>15</sup> En este sentido, era solo una cuestión de tiempo que emergiera una nueva categoría: *hoteles de mujeres para mujeres*.

El Barbizon sería el más glamuroso de este tipo, aunque no el

primero. Lo precedió el Martha Washington, un hotel construido a partir de premisas bien distintas que preparó el terreno para el Barbizon. Abierto en 1903, el Martha Washington era un edificio de doce plantas que se extendía en toda una manzana de Madison Avenue, desde la calle 29 hasta la 30. Adelantado a su tiempo, atendió la necesidad de alojamientos para mujeres independientes que trabajaban en las oficinas, cuando las normas de Nueva York estipulaban que no estaba permitido ofrecer habitaciones después de las seis de la tarde a ninguna mujer, a menos que cargara un pesado baúl que demostrara que se trataba de una viajera y no de una prostituta. La situación podía llegar a ser tan embarazosa que dos mujeres de clase alta «confesaron haber pasado la noche en la Estación Broad Street, en Filadelfia, antes que correr el riesgo de ser rechazadas en un hotel». <sup>16</sup> Incluso antes de la primera guerra mundial, las mujeres llegaban solas a Nueva York para trabajar. Aquellas de espíritu creativo que sabían cómo arreglárselas encontraban soluciones en distintos lugares, incluida una comunidad artística de mujeres que había convertido unos establos, ubicados en un callejón, en alojamientos con estudios para trabajar. <sup>17</sup> Otras profesionales alquilaban apartamentos y los arreglaban hasta dejarlos irreconocibles si se los miraba desde sus fachadas más bien miserables. Pero el revolucionario Martha Washington se convirtió en un lugar para este tipo de mujeres y en un santuario para las sufragistas, entre ellas la doctora Mary Walker, una médica y famosa feminista que desafió la pacatería de los códigos de vestimenta muchísimo antes de que lo hicieran las *flappers*. En su boda, se negó a usar la palabra «obedecer» en sus votos, conservó su apellido y vistió una falda corta con pantalones debajo. <sup>18</sup>

A pesar de la necesidad de contar con un lugar así, la apertura del Martha Washington en 1903 fue recibida, en el mejor de los casos, con perplejidad y, en el peor, con rechazo. Automóviles llenos de mirones pasaban lentamente delante del hotel como si se tratara de un espectáculo de fenómenos. <sup>19</sup> La dirección misma no



sabía cómo proceder al respecto: al principio consideraron a los hombres necesarios para las tareas pesadas del hotel —¡aquellas que requerían camiones!— pero un año más tarde el personal masculino fue reemplazado en su totalidad por mujeres, ahora consideradas más responsables. El periódico *The New York Herald* se burló del cambio: las botones «parecen demasiado recatadas en sus trajes negros, con cuellos y puños blancos».<sup>20</sup> Además, a nadie le entraba en la cabeza que hubiera tantas mujeres bajo el mismo techo sin hombres alrededor para protegerlas. Un primer folleto del hotel Martha Washington reconocía las dudas recurrentes sobre «si sería factible alojar entre cuatrocientas y quinientas mujeres bajo un mismo techo».<sup>21</sup> Al mismo tiempo, a las residentes se les aseguraba que el hotel estaba allí como un negocio del que se esperaba una ganancia y no basado en ninguna «idea filantrópica o paternalista», como las pensiones para las clases trabajadoras.

En otras palabras, el hotel residencial fue concebido para facilitar una vida independiente de primera clase (no como caridad), con una variedad de habitaciones y *suites* en oferta, y sin ninguna de las restricciones antes asociadas a los alojamientos para mujeres —en general, financiados por organizaciones religiosas—, tales como los toques de queda o normas que impedían visitas. Las residentes del Martha Washington, ya sea en habitaciones simples o en apartamentos espaciosos, podían disfrutar de recepción en cada planta, un paseo en la azotea, un comedor, calefacción central y conductos para el correo.

La clase de mujeres que se hospedaba en el Martha Washington,<sup>22</sup> aunque en principio había sido ridiculizada, muy pronto pasó a formar parte del *mainstream*: la revista *Harper's Bazaar* publicó una serie de artículos en 1908 titulados «La chica que vino a la ciudad» y la *Ladies' Home Journal* lo hizo tres años después con «Su hermana del campo que desea venir a la ciudad para abrirse camino». En 1914, en Nueva York, se abrió un segundo hotel residencial para mujeres profesionales y acomodadas, el acertadamente llamado Business Woman's Hotel, edificado a apenas dos manza-

nas del Martha Washington y a seis de los grandes almacenes Altman's (el Barbizon sería construido cerca de Bloomingdale's).<sup>23</sup> Con el estallido de la primera guerra mundial, la necesidad de hoteles para mujeres parecía menos apremiante. Pero el fin de la guerra dio inicio a un auge de la construcción, y la nueva independencia de las mujeres implicó nueva clientela y mayores ganancias.

La de los años veinte fue *la* década de los hoteles residenciales para mujeres. El Allerton House en la 57 Este, cerca de Central Park, abrió en 1920. Fue construido por William H. Silk, quien pronto planearía el Barbizon. Él y su socio, James S. Cushman, habían construido sus primeros apartamentos de solteros en 1912 y se habían mudado a un club-hotel para hombres en 1919.<sup>24</sup> El Allerton House para mujeres era el siguiente paso obvio, en el que se vinculaba un gusto creciente por cierto tipo de alojamiento con las realidades de los locos años veinte de posguerra y las nuevas demandas de independencia de las mujeres alejadas de la protección de los hogares dirigidos por hombres. Silk quería ofrecer habitaciones a mujeres «médicas, decoradoras, profesoras, políticas, escritoras, encargadas, ejecutivas de tiendas».<sup>25</sup> (Nunca fue necesario decir en voz alta que estas habitaciones de hotel eran para mujeres blancas y privilegiadas.) Silk imaginaba un ambiente hogareño, que se diferenciaría de un hotel común y corriente al tener un cuarto de costura, un salón de baile, una «lavandería de lo más actual» y salas de descanso libres de hombres. La huésped del Allerton tenía la libertad de «ser su propia dueña». El hotel, construido para alojar a quinientas mujeres, contaba con decenas de reservas incluso antes de que lo terminaran.

Esa ganancia potencial no podía ser ignorada y le siguieron otros. El hotel de la American Women's Association (AWA) se convirtió en el más grande hasta el momento. Proclamado por *The New York Times* como un «templo para el espíritu de las mujeres emancipadas»,<sup>26</sup> Smith, directora de la junta de AWA, amonestaba a todo aquel que se atreviera a llamarlo hotel. No se trataba en ab-

soluto de uno, afirmaba: aquello era un «movimiento». Tenía razón. Estos hoteles-club eran la «manifestación material» del derecho de las mujeres a vivir alejadas de la protección de su padre, su hermano, su tío; de socializar como les diera la gana; de comprar lo que quisieran; de trabajar como pudieran.<sup>27</sup> En el caso de la AWA, la interminable campaña de financiación y su construcción también atrajeron a las mujeres más adineradas de la ciudad para probar suerte en un negocio serio. Lideradas por Anne Morgan, de los famosos Morgan,\* junto a otras mujeres pertenecientes a la élite social de la ciudad, concibieron una moderna campaña de ventas de acciones, que lanzaron en el Hotel Plaza, entregando kits de ventas y tarjetas de presentación a todo un ejército de vendedoras. Idearon una campaña publicitaria a gran escala basada en una mascota, a la que llamaron «Miss Robinson Crusoe», partiendo de la idea de que la soledad de una soltera en Nueva York era asimilable a quedar varada en una isla tropical. Miss Robinson Crusoe tenía un panfleto, una canción y escaparates en la Quinta Avenida. La idea era que podía ser salvada por el hotel de la AWA, donde también habría otras como ella, con el mismo tipo de espíritu y ambición, y donde podría encontrar lujo y comunidad. El equipo de ventas se volvió a reunir dos años después con tres mil quinientos millones de dólares recaudados para comenzar la construcción. Entre champán y canapés, Anne Morgan y sus compañeras de sociedad, convertidas en empresarias, entregaron premios de abrigos de piel y broches con forma de salamandra a sus mejores vendedoras.<sup>28</sup>

El hotel de la AWA encontró su lugar en la calle 57 Oeste, donde las mujeres profesionales podían ser «tan libres como los hombres».<sup>29</sup> La independencia de las mujeres en la AWA se declaró en términos muy claros: veintiocho plantas totalmente amuebladas bajo la supervisión de la esposa de William K. Vanderbilt, miembro

\* Anne Morgan fue una filántropa estadounidense, hija de J. P. Morgan, uno de los banqueros e industriales más importantes de la época. (*N. de la t.*)

de unos de los clanes más ricos del país, así como una piscina con «azulejos color nasturtium» y un patio con «cuatro fuentes cuya agua danzaba al ritmo de melodiosos arpeggios». La «chica ultramoderna» podría «pedir su café y cigarrillos» en una serie de habitaciones temáticas. El azul pálido de la vajilla que se utilizaba en el comedor, decorado con murales *art déco*, era el mismo que se podía encontrar en los vagones restaurante de los trenes franceses: la señora Vanderbilt se dijo que si podían resistir las vías del ferrocarril europeo, bien podían sobrevivir a las mujeres de Nueva York y pidió montones. Además de lugares donde comer, beber y fumar, el hotel ofrecía 1.250 habitaciones con baños, lo que lo convirtió en el quinto hotel residencial más grande de Nueva York.

Pero fue el hotel Barbizon el que verdaderamente capturó el imaginario estadounidense. Se convertiría en la pista de aterrizaje, el destino obligado, para las jóvenes de todo el país decididas a darle una oportunidad a la Nueva York de sus sueños. Mientras que el Allerton y el AWA habían sido construidos para mujeres profesionales, el Barbizon apuntaba a un tipo de huésped distinta: la debutante que no se atrevía a decirle a sus padres que quería pintar; la vendedora de Oklahoma que soñaba con los escenarios de Broadway; la chica de dieciocho años que le decía a su novio que volvería enseñada pero primero tenía que hacer un curso de mecanografía. El hotel encarnaría una personalidad completamente diferente, un lugar de glamur, deseo y ambición femenina.

Una vez que el Allerton estuvo casi terminado, el objetivo de William H. Silk fue combinar feminidad con esta nueva independencia y declaró que así como el vestido de la mujer moderna había sido despojado de los pesados adornos de la época victoriana y había adoptado una simplicidad «drástica», las habitaciones del Barbizon también tenían que «reflejar la amplia vida que se le abría al sexo femenino», sin olvidar que las mujeres «de ninguna manera deben per-



der sus atributos femeninos». <sup>30</sup> Esto sería el Barbizon, con sus 23 plantas y sus 720 habitaciones: el exterior ofrecería lo masculino, decía, encarnado en un edificio al estilo de la escuela italiana del norte, con todo cuanto un hombre necesitaba para entrenar su mente y su cuerpo: piscina de natación, gimnasio, jardines aterrizados, salones de lectura y una biblioteca. Pero su interior, en la intimidad, las habitaciones, vedadas a los hombres, serían «*boudoirs* sumamente femeninos» de colores «frescos y delicados», amueblados en un estilo francés moderno. Como sus predecesores, el Barbizon se diseñaría en torno a un replanteamiento de la domesticidad postsufragista junto al deseo de los promotores de maximizar los espacios de vivienda. El resultado fueron hileras de habitaciones dispuestas a lo largo de pasillos angostos, entrelazadas con salones compartidos, bibliotecas y servicios de lavandería.

Silk prometió que el «Club Residencial Barbizon para Mujeres», como se llamó originalmente, abriría «alrededor del 15 de octubre» —de 1927— y, en efecto, en septiembre de ese año comenzó a circular publicidad gráfica anunciando que las solicitudes para la residencia estarían disponibles el 15 de septiembre. Entre sus servicios, el Barbizon ofrecía una radio en cada habitación (que haría las delicias de Molly Brown al llegar al hotel). Las tarifas iban de diez a veintidós dólares por semana. <sup>31</sup> Diseñado por los especialistas en hoteles Murgatroyd & Ogden, el Barbizon, finalizado fuera de término, en febrero de 1928, era impresionante tanto de lejos como de cerca, con sus cuatro torres macizas en las esquinas cual escalones para alcanzar la cima. Los ladrillos del exterior habían sido elegidos para transmitir una gama de brillos y colores que iban del salmón al rojo suave y artísticamente estaban dispuestos siguiendo diversos patrones con piedra caliza neutra como moldura. Un gran solárium decorado con buen gusto, que funcionaba como salón, estaba ubicado en el ala oeste de la planta decimonovena, encima de la cual había habitaciones reservadas para algunos clubes universitarios. En la decimoctava planta, justo debajo, había una galería con

una vista inmensa. La revista *Architectural Forum* señaló que, si bien gran parte de los detalles del Barbizon eran de estilo gótico, se trataba de un «gótico romanesco». Las ventanas en grandes arcos no solo le daban el toque romántico y sagrado, sino que también evitaban el «efecto mecanicista» que tenían algunos de los nuevos rascacielos.<sup>32</sup> En las alturas, al recorrer los jardines de la azotea, adonde se llegaba a través de las galerías, las huéspedes veían una cúpula tras otra, construidas en diferentes ángulos, con escaleras y balcones de terracota. Era fácil imaginar un castillo gótico, desde cuyas aberturas arqueadas se lanzaban cientos de flechas.

Mientras que la simplicidad, una simplicidad aguda, quedaba reservada para los exteriores, el vestíbulo y el entresuelo podían describirse como intrincados e italianizantes. Al entrar al Barbizon, la huésped se encontraba con un atrio interior diseñado en un lujoso estilo moderno inspirado en el Renacimiento y en las soberbias casas de campo italianas.<sup>33</sup> Decorado con colores, texturas y motivos elaborados, el espacio ofrecía una experiencia totalmente inmersiva, con sus techos pintados y sus suelos estampados, balaustradas y barandillas ornamentadas y muebles tapizados de estilo clásico. Plantas en macetas, una lámpara de araña y una iluminación sutil, ese espacio de dos plantas daba la sensación de estar llegando al patio al aire libre de una gran villa italiana. Es difícil saber si el entresuelo, situado sobre el vestíbulo, había sido concebido deliberadamente para que las jóvenes del Barbizon pudieran mirar hacia abajo para buscar a sus citas o, igual de probable, para observar las de las demás y calificarlas furtivamente o deseñarlas. Pero el entresuelo era como un balcón de Romeo y Julieta fuera de escala que envolvía desde arriba todo el vestíbulo, como un marco, con mampostería pesada y una elaborada barandilla de hierro forjado. Desde la esquina noroeste del entresuelo, dos escalones conducían a una biblioteca revestida con paneles de roble, y el comedor se abría desde la planta del vestíbulo y estaba amueblado en «estilo Adam» neoclásico para sugerir más intimidad que grandeza. *Architectural*

*Forum* afirmó: «El Barbizon parece ser la evidencia de una nueva interpretación de la civilización, absolutamente convincente». Forma y objetivo eran ahora la misma cosa.

Desde su origen, el Barbizon fue concebido como la opción de alojamiento para mujeres con inclinaciones artísticas. El nombre mismo se proponía subrayar esto: el hotel debía su nombre al movimiento artístico francés del siglo XIX, la escuela Barbizon, que floreció alrededor de la ciudad de Barbizon, al sudeste de París, rodeada del bosque de Fontainebleau. Los hoteles a lo largo de su estrecha calle principal, la Grande Rue, eran el paraíso para los artistas hambrientos. Los serviciales propietarios ofrecían a los pintores una cena completa, una cama en una habitación y un almuerzo para llevarse al bosque, todo por una suma irrisoria.<sup>34</sup> En el Barbizon de Nueva York, las estudiantes de arte vivirían todas juntas en el Ala de las Cuatro Artes, donde había cien habitaciones reservadas para ellas, así como estudios —los mismos en los que Molly Brown encontró un santuario— situados en uno de los torreones, levantados a partir de la decimoctava planta.<sup>35</sup> El más grande medía setenta y cinco metros cuadrados y altísimos techos en dos niveles que dejaban entrar la luz, mientras que los estudios más pequeños, para las que se dedicaban a la música, estaban cuidadosamente insonorizados.<sup>36</sup> Pero no todas tenían que ser artistas: la ilusión de abrazar todo lo que Nueva York podía ofrecer era suficiente.

Si el Barbizon había encontrado su nicho como lugar para jóvenes aspirantes a artistas, actrices, músicas y modelos, su interior proveía todos los espacios necesarios para que estas jóvenes pudieran expresarse como productoras y como consumidoras de arte. El salón de la primera planta, con escenario y órgano, tenía capacidad para que trescientas personas disfrutaran cómodas de un espectáculo. El nuevo feminismo postsufragista exigía alimentar tanto la mente como el cuerpo, y la biblioteca, las salas de lectura, el gimnasio y la piscina del Barbizon estaban a la altura de ese desafío. La primera chica Gibson, de principios de siglo XX, al librarse de sus

conjuntos de falda y camisa, había sabido disfrutar de un buen estiramiento matinal o un paseo en bicicleta, pero la *flapper* de los años veinte comenzaba a ejercitarse con más rigor, y el sótano del Barbizon era una maraña de opciones de entrenamiento. Con una elección de palabras extrañamente erótica, *The New York Times* exclamó que «a cualquier hora del día la risa de las chicas puede oírse entremezclada con el rítmico golpe de pelotas en la pista de *squash* y el chapoteo en la piscina.<sup>37</sup> Estas modernas amazonas en formación aprenden esgrima, las nadadoras del futuro son instruidas en la braza en las zonas más bajas del Barbizon».

La insumergible Molly Brown había tenido sus encontronazos con las *flappers*, que ahora la rodeaban en Nueva York. Como sufragista de la era progresista, una Nueva Mujer en el sentido menos frívolo de la palabra, a Molly Brown, al igual que a tantas otras de su generación, las *flappers* le parecían insufribles. Se veía a sí misma como una auténtica pionera de los derechos de las mujeres y consideraba que las *flappers* apenas le estaban dando los toques finales, de lo más vulgares, además. Antes de Nueva York, cuando Molly Brown escapó a París para estudiar interpretación, había sido muy clara sobre qué pensaba de esta nueva clase de jóvenes. Le dijo a un periodista que la entrevistó: «Las jóvenes estadounidenses no saben beber: se les nota enseguida y se ponen melosas o quieren pelear. [...] hoy, las chicas beben alcohol para entonarse antes de llegar a la fiesta».<sup>38</sup>

Pero una chica de la alta sociedad no se dio por aludida y respondió con un golpe certero al mito de Molly Brown: «Creo que a la señora Brown le cuesta bastante remar en su propia canoa como para molestarse, además, por remar en la de las más jóvenes. [...] en cuanto a la apariencia de las mujeres, nadie está perfecto después de unos cuantos tragos. Pero no hay punto de comparación entre las más jóvenes y las más viejas. Las jóvenes siguen teniendo un aspecto



fresco y encantador y parecen poder controlarse mejor. Pero las más viejas son desagradables». Es difícil imaginar a Molly Brown haciendo algo más que levantar los hombros con indiferencia. Había escuchado cosas peores.

Pudo haber tenido poquísima paciencia para las tonterías de las *flappers* pero, le gustara o no, de pronto, estaban en todas partes, no solo en las habitaciones del Barbizon. La *flapper* estaba en Main Street, Estados Unidos, así como en Broadway, Nueva York. Harold Ross, el fundador de la flamante revista *The New Yorker*, estaba desesperado por sacarle partido. Con la revista apenas en marcha, pero ya al borde de la bancarrota, Harold Ross tenía que hacer algo drástico para captar a una audiencia estable. Había oído hablar de una chica graduada en el Vassar College llamada Lois Long, en quien podía confiar para agitar un poco las cosas, y la contrató. Lois tenía veintitrés años, era una chica de Connecticut, hija de un pastor: ni de lejos tenía la formación propia de una celebridad rebelde. Sin embargo, fue por su origen, y no a pesar de él, que Lois se convirtió en la *flapper* arquetípica de la década de los años veinte. Con su educación de chica blanca de clase media, fue la más característica de las *flappers*, porque una *flapper* no era necesariamente sofisticada y urbana, sino más bien (o, quizás, sobre todo) una adolescente de Wichita, Kansas. Pero la chica entusiasta de Wichita tenía que aprender a convertirse en *flapper* y ahí fue cuando Lois «Lipstick» Long hizo su aparición. Al principio escribía de forma anónima, bajo el pseudónimo de «Lipstick».

Lois se paseaba por Manhattan sin disimulo: era alta, guapa, tenía el cabello corto castaño oscuro y llevaba el clásico vestido *flapper* que caía en línea recta, vertical, desde el pecho hasta por debajo de las rodillas, con una sonrisa pintada de rojo en cada oportunidad. Era pícara, siempre estaba lista para la diversión y —tal como señaló con desaprobación Molly Brown— no paraba de emborracharse hasta el desmayo (en sus artículos, advertía a sus lectores que era de buen tono pagarle dos dólares al taxista tras haber

vomitado en su coche). Lois Long demostró que la década de los años veinte se había apoderado de aquello que se había intentado ocultar hasta el momento y lo había rebautizado como algo blanco, de clase media, estadounidense, decadente y divertido: el *jazz* vino del gueto negro, la experimentación sexual del Greenwich Village y el pintalabios rojo, el colorete y la sombra de ojos, de la caja de herramientas de las prostitutas.<sup>39</sup> La *flapper*, la más conocida encarnación de la Nueva Mujer de 1920, era ahora el centro de todo.

La medianoche del 16 de enero de 1920, Estados Unidos se había secado. El propósito era terminar con el crimen y la delincuencia, pero pasó todo lo contrario. Manhattan, cuyo extravagante alcalde, Jimmy Walker, con su corpulenta mujer y su conjunto de chicas coristas que hacían de amantes, no creía que beber fuera un crimen, se transformó en una fiesta extraordinaria. Los *speakeasies* —los clubes ilegales y atiborrados de alcohol en la época de la Ley Seca— empezaron a aparecer por toda la ciudad y convirtieron a los jóvenes y descarados emprendedores en millonarios. Un contrabandista joven, de apenas treinta años, fletó por primera vez barcos cargados con alcohol importado para romper el cordón gubernamental más allá de Long Island.<sup>40</sup> Se hizo rico casi de la noche a la mañana, pero pronto entendió que tenía que haber una forma más simple: reunió a expertos, importó materiales y adquirió la fórmula de una famosa ginebra inglesa. Luego instaló una destilería subterránea bajo las calles de Nueva York y vendió su «ginebra británica» a los bares clandestinos, cuyos camareros afirmaron no haber probado jamás una ginebra tan buena como esa en Londres. Cuando los productores de licor de Londres contrataron a un detective para investigar por qué sus ventas ilegales habían caído tan drásticamente, pronto descubrieron su plan, pero no había nada que pudieran hacer: bien sabían que no era posible llamar a la policía para quejarse de que sus ventas ilegales de ginebra británica en Estados Unidos estaban

siendo perjudicadas por la fabricación ilegal de alcohol en los sótanos de las calles neoyorquinas.

Las mujeres también estuvieron entre las nuevas e inteligentes empresarias de la Ley Seca. Una de las más conocidas fue la actriz y bailarina Belle Livingstone, quien sostenía haber sido abandonada de bebé en un patio trasero en Emporia, Kansas. Quería ser actriz, pero su padre adoptivo, redactor en el periódico local, se negó a dejar que actuara siendo soltera.

«De acuerdo», le dijo, y le propuso matrimonio al primer hombre bien vestido que encontró.<sup>41</sup> Extrañamente, este aceptó y, aunque se separaron de inmediato, fue todavía más extraño que, al morir, él le dejara la gran suma de ciento cincuenta mil dólares. Ella tomó el dinero y cruzó el Atlántico, donde, según sus memorias, fue «la niña bonita de Europa» durante treinta años. Al volver a América en 1927, con el Barbizon en construcción y la Ley Seca vigente, la decidida y robusta Belle, ya de cincuenta años, vio una oportunidad. Llamó *salons* a sus bares ilegales, como si fueran lugares de encuentros intelectuales parisinos. Y jugó al gato y al ratón con los agentes federales, quienes aparecían en sus *salons* disfrazados para llevarla al juzgado, donde periodistas y público lector esperaban ansiosos cada declaración; su furia brotaba en un lenguaje atrevido y colorido. Uno de sus bares era el Country Club, cuya entrada costaba cinco dólares y era frecuentado en la misma medida por la alta sociedad y las multitudes de Broadway.<sup>42</sup> Una vez dentro, los clientes podían pasear por el gran salón, que recordaba a los Jardines de Versalles, o subir las escaleras para jugar al pimpón o al minigolf. El único requisito era seguir comprando tragos de un dólar.

Otra de ellas fue Janet de Francia.<sup>43</sup> Verdaderamente francesa, se ganaba la vida como artista musical y de vodevil en Nueva York hasta que el trabajo se agotó y no le dejó más que veintinueve dólares a su nombre. Mientras contemplaba su desesperado futuro, tomó un tranvía por la 52 Oeste y desde allí descubrió una «antigua casa encajada entre dos garajes». Estaba en alquiler y, con un cente-

nar de dólares prestados, la ocupó y montó un bar con solo un mostrador de madera, cortinas baratas y unas cuantas mesas y sillas. La primera semana, el menú consistía solo en sopa de cebolla con *whisky* escocés de contrabando, brandi y *whisky* de centeno. La bebida no tenía nada especial, pero la sopa era sublime. Tuvo tanta repercusión que pronto alquiló dos pisos más. Añadió algunos platos baratos para acompañar a la gloriosa joya de la corona culinaria —la sopa de cebolla— y sirvió vino tinto *à la France*. Celebrities como Marlene Dietrich, Douglas Fairbanks y Lionel Barrymore pronto llamaron a su puerta. Janet de Francia se jactaba de que el dramaturgo irlandés George Bernard Shaw iba solo —y únicamente— a su bar y siempre tenía a mano un libro de autógrafos para demostrarlo.

La antaño corista Texas Guinan fue otra estrella en la escena de la Ley Seca en Nueva York. Fue quien acuñó la frase más famosa de ese entonces: «¡Hola, idiotas!». (El resto de la frase, que gritaba a todo aquel que entrara, era «Pasen y dejen sus billeteras en la barra».) Siendo, según decía, una reconocida actriz de teatro y de cine, los *speakeasies* la atrajeron, en principio, con lucrativas actuaciones como cantante. Así fue como aprendió el negocio y finalmente abrió el suyo, el Club 300, al que una vez fue el príncipe de Gales. El programa de la noche de inauguración incluyó la celebración del matrimonio entre una conocida actriz estadounidense y su amante, un insolente bailarín argentino.

Si bien las residentes del Barbizon no abrieron bares, todas ellas, incluidas Lois «Lipstick» Long de *The New Yorker* y el resto de las jóvenes de Nueva York en 1920, sí los frecuentaron. Por primera vez en la historia de Nueva York, las mujeres eran invitadas a sentarse en un bar. Un cartel sobre la puerta de entrada de Leon y Eddie, en la 52 Oeste, rezaba: «Cuando pasan por estos portales, las chicas más hermosas del mundo se desmayan».<sup>44</sup> Las chicas de la alta sociedad neoyorkinas eran especialmente alentadas a concurrir a los bares a beber alcohol importado que proveían los vendedores

de ron del otro lado de las costas de Long Island, aunque Lois prefería el coñac después de enterarse de que era el más difícil de falsificar y, por tanto, el menos propenso a estar contaminado. Les dejaba el alcohol que se preparaba en las destilerías subterráneas de Nueva York a los demás.

El bar más elegante de todos era el Marlborough House, en el número 15 Este de la calle 61, justo al lado de la Quinta Avenida.<sup>45</sup> Era conocido en la alta sociedad de Nueva York como Moriarty por los hermanos que lo crearon. Cualquiera podía entrar porque era de mal gusto preguntarle a una persona quién era en la calle. Pero «entrar» significaba solo pasar al vestíbulo, revestido en maderas preciosas, donde uno tocaba un timbre perlado y mostraba sus credenciales. Si se le permitía el acceso, el verdadero, una escalera angosta se abría a una sala suntuosa con paredes pintadas de escarlata hasta la altura de las sillas y de plateado hasta el techo. A lo largo de las paredes había bancos de estilo francés tapizados de cuero plateado que casaban con toda la superficie cubierta de estampas de cigüeñas blancas con picos escarlata. Las puertas también estaban esmaltadas en escarlata y la iluminación era tenue para captar los destellos plateados. Pero el verdadero espectáculo era el cabaret de arriba, revestido enteramente en azul regio, cobre y espejos. Todas las paredes estaban cubiertas de espejos; por lo tanto, podías ver quién más estaba allí sin importar donde estuvieras sentado. Como espectáculo, Moriarty elegía lo nuevo por encima de los grandes nombres para sorprender al hastiado círculo de la alta sociedad: un mago egipcio, un cantante con antorchas de fuego, bailarines extranjeros. Los hermanos Moriarty —Mort, Dan y Jim— eran dueños de salones convertidos en aficionados de los speakeasy lo suficientemente inteligentes como para esquivar a los mafiosos y mantener la Marlborough House libre de ellos. Cuando la Ley Seca fue derogada, el 5 de diciembre de 1933, Jim, el hermano Moriarty que quedaba, ya formaba parte de la alta sociedad, y poseía una casa de campo y un establo de ponis de polo a su nombre.